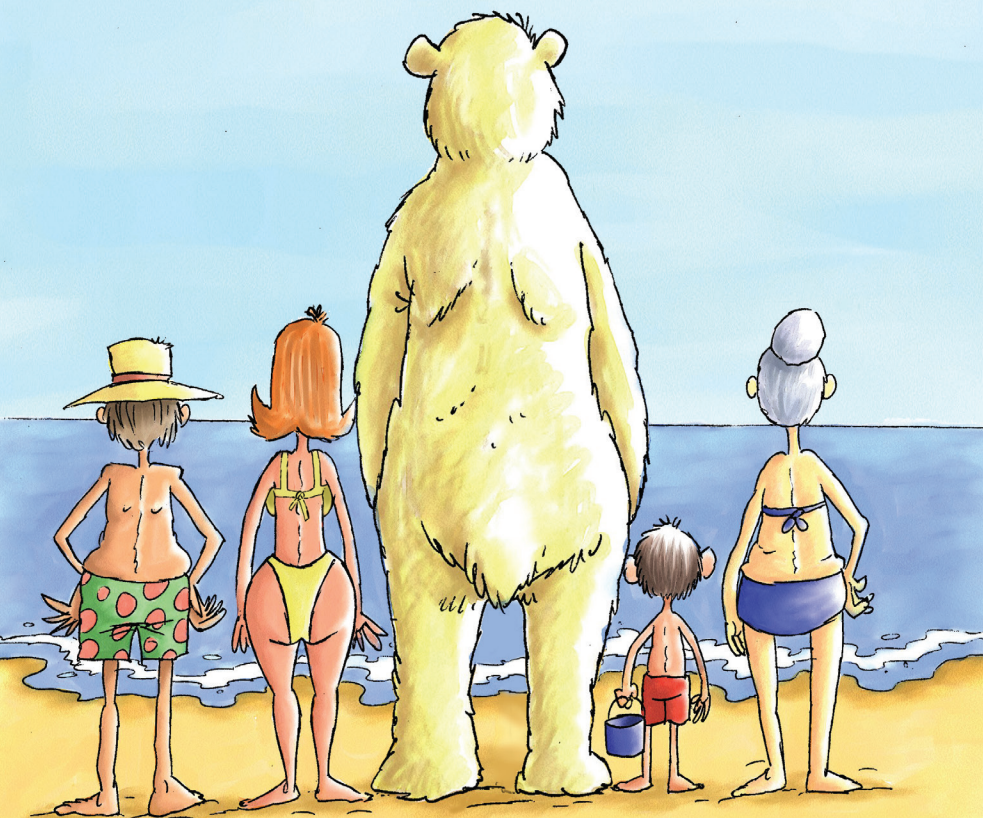


TU OPI-
NION
DIVER-
GENTE

EL OSO POLAR SE FUE A LA PLAYA

Ecología para animales despistados

Valentín Coronel
Dibujos de Sergi Càmara



algar

1 ECOSISTEMAS Y BIODIVERSIDAD

HUMANOS Y OTROS OCHO MILLONES DE SERES



¿Qué tal has dormido? ¿Una noche ajetreada? Vaya fiesta, ¿eh? La pasada noche compartiste cama con toda la población de la ciudad de Barcelona. En realidad, aún fueron más invitados. En tu cama

pernoctaban también los habitantes de Oviedo. Si no te enteraste fue porque la fiesta de tus sábanas era microscópica: dormías con un par de millones de ácaros.

¡Viva tu generosidad!: ¡has creado un enorme bufé libre y gratuito!

Ojalá a partir de este momento no enloquezcas con la aspiradora.

Hagas lo que hagas, siempre tendrás a estos silenciosos y pacíficos arácnidos a tu lado. Se alimentan de las células de tu piel muerta: son barrenderos a escala diminuta. La relación entre ellos, tu cama y tú sería un **ecosistema** en miniatura, lo que en los libros más aburridos serios se denomina «relación de seres vivos entre sí y con su entorno».

Aunque los ecosistemas se suelen clasificar en grandes grupos, desde las selvas húmedas, a la profundidad de los océanos, hay pequeños ecosistemas en cualquier lugar. Por ejemplo, sin alejarnos de tu cuerpo, transportas otra comunidad de ácaros que vive exclusivamente en las pestañas. Algo más abajo, el ombligo es una maravilla de diversidad microscópica. Cualquier zapatilla con olor a queso gruyer traslada a una variada comunidad de bac-

terias. En un estudio realizado por la Universidad de Carolina del Norte, se encontraron 50 especies distintas de animales en cada hogar entre moscas, mosquitos, arañas...

Al conjunto de todos los ecosistemas del planeta, zapatillas y ombligos incluidos, se le llama biosfera (el prefijo *bio-* significa 'vida'. Ya lo sabrás por la ciencia de la *biología*).

Muchos peldaños por encima en la evolución de las especies, los humanos somos uno más entre ocho millones de seres vivos, en nuestros propios ecosistemas. La defensa de la biodiversidad, la lucha por la riqueza de seres vivos, es la base de la ecología. Ser ecologista es, ante todo, abrazar árboles respetar el equilibrio y fomentar la biodiversidad.

Los ecosistemas se basan en la riqueza de seres vivos, y también en su *dramática* interrelación. Como canta la gran referencia (¿ecológica?) de nuestro tiempo: «Nants ingoyama baithi baba sithi uhm ingoyama» (así comienza la película *El rey León*... ¿Qué demonios significa?).

La película de Disney traumatizó a toda una generación entre alegres canciones. Aprendieron que lo que para unos era una bonita gacela, para

otros suponía un entrecot. Dicho de otro modo: todo forma parte del ciclo de la vida; sin hierba no hay herbívoros, sin herbívoros no hay carnívoros... y sin carnívoros el número de gacelas crecería sin control y sería un problema de lindos ojos.

¡Hakuna matata!

La relación entre depredador y presa es básica para entender cómo funcionan los ecosistemas. El equilibrio entre las especies es muy delicado; su variación puede dar la vuelta a todo un ecosistema, ¡incluso una moda puede variar sustancialmente el hábitat natural! ¿Has comido alguna vez *sushi* (pescado crudo)? ¿Pues, sin querer, has contribuido a modificar un hábitat!

Uno de los ingredientes principales del *sushi* es el atún, un gran depredador marino. El atún come mucho, muchísimo. Con relación a su peso, sería como si tú te zamparas trece kilos de chuletas al día. Uno de los manjares predilectos del atún son las medusas (te veo: acabas de poner cara de asco).

Debido a la sobrepesca de atunes —en parte, por la moda del *sushi*—, la población de medusas crece y disminuyen los ingresos en las zonas costeras.

¡A nadie, salvo a los que filman documentales sobre medusas, le gusta bañarse entre ellas!

El consumo excesivo de atún es un ejemplo muy cercano de cómo los humanos despistados creamos un efecto rebote... ¡Incluso en términos de salud! El atún que nos comemos tiende a acumular metales pesados como el mercurio o el plomo, uno de los principales contaminantes de... ¡el mar que nosotros contaminamos!

¡Recapitulando la historia del *sushi* comprenderás lo delicada que es la biodiversidad!

La humanidad contamina el mar → Los atunes absorben la **contaminación** → Se decide que el *sushi* está de moda → Escasean los atunes por **sobreexplotación** → Las medusas viven felices → Los turistas huyen de las medusas → Los hoteleros se tiran de los pelos → Enfermamos de **saturnismo** para celebrarlo.

¿Quién dijo que la ecología era aburrida?

¡ESTÁ VIVA! ¡VIVA!

En los años 60 James Lovelock, un químico inglés, estudiaba la composición de la **atmósfera** de



diferentes planetas para la NASA y comenzó a rumiar este pensamiento: «¿Y si la Tierra estuviera, de algún modo... viva? ¿Y si el equilibrio del planeta dependiera de muchos factores... si cada elemento fuera casi como el órgano de un ser vivo?» —no puedo evitar imaginármelo con el peinado de Einstein y diciendo «MUAHAHAHAHA».

El científico había llegado a esta conclusión al observar cómo la Tierra —aparentemente— se autorregulaba con condiciones propicias para albergar vida.

¡Se mantenían unas constantes a lo largo de los siglos, a pesar del aumento de la radiación solar! Siguiendo el consejo de William Golding (¡el

creador de la gran novela *El señor de las moscas!*), Lovelock bautizó nuestro planeta con el nombre de una diosa griega, Gaia (Gea, en latín).

Como era de esperar, la mayor parte de la comunidad científica, siempre tan flexible, estudió pormenorizadamente su teoría, contrastó datos... y decidió que el creador de Gaia estaba, efectivamente, ~~como un cencerro~~ equivocado.

Pero los científicos fueron cambiando de idea: en 1987 se supo que un gas generado por algas marinas (sulfuro de dimetilo) hacía las veces de «aspirina» para el planeta, regulando el exceso de temperatura terrestre. Sucesivamente, cada nuevo descubrimiento, en vez de acercar a Lovelock al manicomio, lo aproximaba a la genialidad. En pocos años se relacionó el cambio climático con la contaminación. Vaya... ¡la Tierra «enfermaba»!

Empezaron las cumbres por el cambio climático y la angustia generalizada. La prensa sensacionalista sumaba ciclones, tsunamis y una nueva **glaciación**. ¡Todo nos llevaría al fin de los tiempos! Hollywood se apuntaba al carro del pesimismo creando películas con muertos a granel. Gaia, nuestro planeta azul, sufría fiebre, y los humanos

éramos un persistente virus... Se pasó de la inconsciencia al alarmismo.

Lovelock se desquitó lanzando la obra *La venganza de la Tierra* casi cuarenta años más tarde de sus primeras elucubraciones. Entonces sí, todos lo tomaron en serio. Y el autor de lo que estás leyendo pudo escribir sobre teorías de planetas «vivos», sin temor a ser quemado por hereje. ¡Vendo libros hablando sobre ecología! Algo bueno tiene la teoría de Gaia para mí.

En definitiva, este planeta está lleno de vida. Y la biodiversidad, la riqueza de seres vivos en perfecto equilibrio, es fundamental para que los ecosistemas se mantengan y los humanos no estemos criando malvas. Cada uno de los elementos naturales se sincronizan para hacer funcionar correctamente todo un planeta. A ti no te gustaría que invadieran tu casa, ¿verdad? Al resto de las especies, tampoco.

Por cierto, «fomentar la biodiversidad» es una pésima excusa para no cambiar las sábanas.

AUSTIN, EL CAZADOR CAZADO (peludo ejemplo de invasión)

Basado en hechos reales²

John tenía el sobre lacrado ante él, al lado de un filete de ternera. El corazón golpeaba fuertemente su pecho. Llevaba demasiado tiempo dudando, tembloroso. Le angustiaba abrir la carta, pero empezaba a tener hambre. ¿Quién sería aquella misteriosa persona? ¿Debía abrir el ominoso sobre? ¿O buscaría *ominoso* en el diccionario? ¿Se le enfriaría la guarnición?

Finalmente, se armó de valor y rasgó el papel. Se escuchó un trueno, o quizá algo diferente, más cercano al esfínter. «Maldita digestión», pensó. Un escalofrío le recorrió el espinazo cuando leyó un nombre: «Thomas Austin». Sí, recordaba esas grandes patillas que le atemorizaban... el horrible modo en el que bailaba claqué... Después de todo, ambos compartían padre y madre. «¡Anda, si es mi hermano!». Y entonces, leyó lo siguiente:

2. (Una vez eliminadas todas las tonterías irreales, como en todas las historias basadas en hechos reales. Vaya, si has leído esta letra tan pequeña tienes una magnífica vista).

Australia, año 1859 y pico

Querido hermano:

Aquí estoy, en Australia. Sabes que soy muy de pasear. La afición se me fue de las manos.

Este es un país enorme, o una isla muy grande. ¿Quizá un continente? ¡Demonios, no sé qué es! ¿Qué diferencia hay entre una isla grande y un continente? Creo que ese día falté a clase.

Disculpa. Con este calor, y tanto tiempo libre, la vida se hace muy monótona. Aún falta un siglo para que haya televisión... ¿Y qué es la televisión? Oh, desvarío. Ayer me aburría, intenté atrapar un canguro y me pegó una tremenda paliza. Boxear mejor que yo. A los koalas tampoco los puedo cazar. Lo intenté, créeme, pero son como peluches adorables, ¿cómo dispararles? Ay. Ya estoy llorando otra vez.

Te escribo, querido hermano, porque me gustaría tener algo peludo que me recuerde a la familia... ¿Por qué no me mandas doce parejas de conejos? Se reproducirían felices y les podría pegar unos tiros. ¿Qué te parece? Cuando vengas nos echamos unas risas.

John se atragantó por la emoción, y también por el sobre, al que confundió con el filete. Aquella misma semana le mandaron a Thomas veinticuatro conejos a Australia.

Los días pasaron del modo habitual –lunes, martes... y así sucesivamente, hasta que el domingo se reinicia la cosa—. A lo tonto, ya habían transcurrido siete años desde la última comunicación, cuando John recibió una carta. Esperaba una invitación formal para Australia, o un bumerán plegable. Se imaginaba cualquier cosa, salvo lo que encontró:

Australia, año 1866

¡Dios santo, qué terrible error cometimos! ¡Qué ominosa situación! (¿Sabes qué significa ominosa?)

Te escribo estas líneas parapetado en mi granja. Los vecinos vienen hacia aquí con antorchas, cantando «lalalá... Thomas muerto y enterrado. lalá, lalá...». ¿Recuerdas aquella gracia de los conejos, que parecía tan buena idea? Pues no. Los conejos se han comido todos los cultivos.

Estos bichos se reproducen demasiado rápido, tanto que ya no nos queda ni munición para frenarlos. Nos hemos dedicado a jornada completa a cazarlos, pero siguen creciendo. ¡Son un ejército! Hemos debido matar unos catorce mil, pero hay muchos más...

¡John, mis vecinos se acercan! La próxima vez que te pida algo estúpido, tienes permiso para afeitarme las patillas.

Que Dios se apiade de nuestras almas... Quitá, bicho... No me robes mi zanahoria. ¡No...! ¿Eso de ahí es un oso... un oso blanco? ¡Ah!